

Paiz
**Cuarenta Años de Servicios
a la República, la Primera
Cubana Nombrada Empleada**

La historia verdadera—que más bien parece novela—de cómo fué designada para la "Secretaría de Gracia, Justicia e Instrucción Pública".



LA PRIMERA MUJER QUE FUE EMPLEADA EN CUBA

Por L. Otero Masden
(Especial a EL PAIS)

Acaba de cumplir cuarenta años de ejercicio en la carrera administrativa, una de las primeras mujeres nombradas en Cuba, para trabajar en las oficinas públicas y la primera designada para

la que hoy se llama secretaria de Educación. Esta mujer, que lleva con aire aristocrático su cabellera absolutamente blanca y que siente aún palpitante de ensueños y esperanzas su corazón, es la señora Eloya Villaverde, a quien ayer encontramos como todos los días, frente a su buró del Negociado de Escuelas Normales y de Comercio, franca en su sonrisa perenne y dispuesta a referirnos los interesantes momentos de su vida que la han convertido en una cubana útil a su patria.



Era en los comienzos del año 1899... El país estaba bajo la influencia reguladora del primer gobierno interventor americano. Los cubanos comenzaban a acomodarse a la nueva situación política y orientaban sus pasos primeros en la responsabilidad dirigente de los asuntos públicos. Una cubana ilustre y valiente—Emilia de Córdoba—que había militado durante la contienda emancipadora como agregada a las huestes heroicas del generalísimo Máximo Gómez, levantó su autorizada voz, para pedir, en la vida ciudadana, el puesto que se merecían sus compatriotas y para comenzar indicó que se creara un puesto a cada una de las secretarías del Despacho, a fin de que fuera desempeñado por una cubana. La idea sorprendió a los timoratos y hasta hubo quien aseguró que tal cosa era un desacierto, augurando que para siempre había cesado la tranquilidad en las oficinas oficiales.

Un espíritu avisado y consecuente con todas las tendencias progresivas, el doctor Antonio González Lanuza, estaba a la sazón al frente de la secretaría de Gracia, Justicia e Instrucción Pública y fué él, precisamente, el que accedió a la demanda de la señora Córdoba creando una plaza de escribiente de segunda clase con el haber de cuarenta y un pesos mensuales.

La noticia circuló como una llama sobre un reguero de pólvora y se presentaron para optar por ese empleo, nada menos que, cuarenta y una aspirantes. Es decir, tantas como pesos se habían fijado como sueldo.

El problema estaba creado y entonces el Director de Justicia, doctor Lorenzo del Portillo y el Director de Instrucción Pública, doctor José Nicolás Heredia, acordaron sortear el nuevo cargo ante las propias interesadas, a fin de que no se pensara maliciosamente—ya esa mala yerba crecía por entonces!—de que las influencias personales podían derivar a favor de una candidata la suerte de ser empleada.

La prensa se encargó de citarlas. Concurrieron a los entresuelos del que había sido Palacio de los Capitanes Generales Españoles—hoy Ayuntamiento de la Habana—cuarenta de las solicitantes del cargo de escribiente. Eran las dos de la tarde del día 24 de febrero de 1899. Un repórter de aquella época hubiera revisado todos aquellos rostros: unos, ahitos de esperanzas como anticipo de un triunfo seguro; otros, melancólicos, con la mente fija en algún se, querido, dejado entre la manigua redemora; todas, expectantes.

Los funcionarios ya mencionados prepararon cuarentiuna boletas con el número de orden y el nombre de cada una de las aspirantes. Los papeles fueron a parar al fondo del majestuoso y elegante sombrero de copa que con toda solemnidad usaba el doctor Portillo: fué una urna medioeval.

Una de las señoritas presente, extrajo una de aquellas boletas... emoción en todos los pechos, ansiedad en todos los espíritus. Una voz casi infantil proclamó: "¡el 27, Esperanza Arrazcaeta!" Era el número y el nombre de la única que había faltado al sorteo.

—Y, ¡oh, azares de la vida—nos refiere la señora Villaverde—aquella señorita, tan acariciada por el azar, fué infeliz en sus amores, víctima de aquel famoso Piñán de Villegas con quien se casó y que conoció en aquellas oficinas, a las que no había concurrido precisamente porque el día antes había sido nombrada para trabajar en el Ayuntamiento... ¡Dichosa en el juego, desgraciada en amores...!

Una nueva boleta extraída de la "bomba de pelo" del doctor Portillo por la señorita María Luisa Rodríguez Anillo y otro número y un nuevo nombre. Esta vez una voz clara, fuerte sonora, anunció: "¡Eloina Villaverde, el número 36!"

Todas las miradas buscaban ansiosamente a la atornada y fué entonces cuando surgió de entre el grupo, una jovencita—casi una niña—delgada, pero esbelta con la gracia de un junco,

trigueña con brillantes ojos negros y una abundante y desordenada cabellera: su aspecto era triste, con una humildad casi dolorosa. El infortunio de una buena madre y siete hermanitos pececillos la habían embarcado en aquella aventura y en el instante del triunfo no sabía si alegrarse o darle rienda suelta a las lágrimas que se agolpaban a sus ojos. El recuerdo de horas infaustas formaban una conjunción terrible en su cerebro con aquella dicha que disrutaba y cruzaban por su mente, en tropel el recuento de horas amargas cuando su familia durante la "reconcentración de Weyler" había tenido que refugiarse en la Habana, perdiendo cuanto tenían al terminarse la guerra de independencia. Ella pensaba que había que reconstruir el hogar deshecho, educar a los hermanitos que se agrupaban en su turno, como previendo un futuro sin rumbo y sin amparo, ya que no podían contar con el jefe de la familia, que era viejo y estaba atornizado por la larga lucha y la madre—hecha al tormento y al hogar—no contaba con los recursos de que disponen las madres de hoy...

La elección anonadó a Eloina; cinco minutos después estaba sola en aquel salón que le pareció inmenso. Su jefe ya, el doctor Heredia, la invitó a seguirlo: ella le acompañó como un automática. Juntos atravesaron la Plaza de Armas hasta llegar al edificio que hoy ocupa la secretaría de Agricultura. Allí, en el último piso, estaba instalada la secretaría de Gracia, Justicia e Instrucción Pública.



3

Por aquella puerta había entrado la primera manifestación de la actividad del feminismo que luego, en Cuba libre, tan destacadas y fructíferas connotaciones ha provocado. Se necesitaba, indudablemente, cierta valentía para traspasar aquellos umbrales que eran los de una nueva era para la mujer, con toda su secuela de prejuicios y de impertinencias por parte de los que hechos a moldes arcaicos, no creyeron nunca en que el impulso estaba iniciado: que no existía fuerza capaz para detenerlo. Jefes retrógados, encontró Eloina que se empeñaron en demostrar su ineficacia y de entorpecer su labor, pero todo fué baldío ante aquella voluntad estoica puesta al servicio del triunfo, y trabajó a la par que los hombres y llegó a la meta.

El doctor Enrique José Varona, último secretario de aquella dependencia en la primera intervención yanqui, firmó su ascenso inicial y así, paso a paso, firmemente, inalterable y tesonera, va recorriendo toda la escala administrativa y transcurridos veintiocho años, en 1927—cuando la madurez del concepto y la experiencia en el juicio, llegaron—otro varón ilustre de esta patria, el general Alsmán, la llevó al cargo de jefe del negociado en el cual la sorprenden los cuarenta años de servicios.

Cuarenta años de constante labor, con el beneplácito de jefes y subalternos, cuarenta años a los que arriba con la simpatía de los que tienen con ella tratos oficiales! Su mesa de trabajo—consultorio y guía de cuantos necesitan

de un consejo—es accesible al poderoso y al desvalido, con la misma cordialidad y con igual interés. Eloina Villaverde es hoy la decana de las empleadas de la secretaria de Educación.

—¿Una anécdota, para nuestros lectores?—le pedimos.

—Cuando terminé mis estudios primarios—dice—como alumna del colegio religioso "El Apostolado", del que soy fundadora, me preguntó la Superiora:

—¿Quieres ingresar en la Escuela Normal? Con tus conocimientos estás apta para sufrir examen y obtener el título de maestra elemental.

—No respondí, no me gusta el magisterio.

—¿Qué te gustaría ser—repuso la maestra—para poder ayudar a tus padres?

—Quisiera ser escribiente—le replicó resueltamente. La Superiora me miró sorprendida, aquello le pareció una osadía, fuera de toda lógica y en contra de lo que debía ser honesta aspiración para una señorita de aquellos tiempos y agregó, con cierto aire de compasión:

—Siempre la misma soñadora de imposibles. ¿De dónde sacas esas ideas descabelladas, hija mía?

—Cuatro años después—suspira Eloina—los ideales de aquella niña descabellada estaban cumplidos. ¡Cuántas veces me tuyo para mí luego la vida!

Su sonrisa de siempre, se desdibuja; parece como si ahora comenzara a recordar cuanto ha sucedido en los cuarenta años transcurridos. La dejamos como si soñara y esperara...

La señora Eloina Villaverde, está allí, en la secretaria de Educación. Las mujeres que luchan deben ir a buscar para rendirle un homenaje de simpatía, porque fué ella la que les trazó la senda hacia su triunfo actual. Sus compañeras de aquel departamento, deben levantarla de su asiento, para saludarla y reventarla, porque ella ha sido la que indicó por dónde se podía llegar y cómo se podía lograr. La República, también debe sacarla de su butaca de fiel servidora, de honorable servidora de la casa pública y oficial, y llevarla al Palacio Presidencial, para prenderle en el pecho la condecoración que se ha ganado por buena, por útil, por laboriosa, por inteligente y por honesta funcionaria que sólo disfruta de las bienandanzas terrenas que le proporciona su cheque mensual...

País, marzo 11/39